Rafael su conducta, porque la sentía más que nunca tocada de ligereza infantil. En sus breves ratos de ocio, la señorita jugaba con las muñecas, haciendo tomar á su hermano participación en tan frívolo ejercicio, y las vestía y desnudaba, figurando llevarlas á visita, al baño, de paseo y á dormir; comía con ellas mil fruslerías extravagantes, en verdad más propias de mujeres de trapo que de personas vivas. Y cuando no jugaba, su conducta era de una extremada volubilidad; no hacía más que agitarse y correr de un lado para otro, echándose á reir por futiles motivos, ó excitándose á la risa sin motivo alguno. Esto indignaba al ciego, que, adorándola siempre, habríala querido más reflexiva ante las responsabilidades de la existencia, ante aquel atroz compromiso de casarse con un hombre á quien no amaba, ni amar podía.

La señorita del Aguila, en efecto, veía en su proyectado enlace tan sólo una obligación más, sobre las muchas que ya sobre ella pesaban, algo como el barrer los suelos, mondar las patatas y planchar las camisolas de su hermano. Y atenuaba lo triste de esta visión obscura del matrimonio, figurándose también el vivir sin ahogos, el poner un límite á las horrendas privaciones y á la vergüenza en que la familia se consumía.

X

Así lo comprendió Rafael con seguro instinto, y de ello le habló ingénuamente una tarde que se encontraron solos.

«Hermana querida, me estás matando con esa sonrisa inocente, de persona sin seso, que llevas al degolladero. Tú no sabes lo que haces, ni á dónde vas, ni la prueba terrible que te espera.

—Cruz, que sabe más que nosotros, me ha mandado que no me aflija. Creo que debemos obedecer ciegamente á nuestra hermana mayor, que es para nosotros padre y madre á un tiempo. Cuanto ella dispone, bien dispuesto está.

—¡Cuanto ella dispone! ¿Infalibilidad tenemos? ¿De modo que tú accedes...? Ya no hay esperanza. Te pierdo. Ya no tengo hermana... Pues pensar que yo he de vivir junto á tí, casada con ese hombre, es la mayor locura imaginable. Lo que más quiero en el mundo eres tú. En tí veo á nuestra madre, de quien ya no te acuerdas...

—Sí que me acuerdo.

—Ah! Cruz y tú, que conservais la vista, habéis perdido la memoria. En mí sí que vive fresco el recuerdo de nuestra casa...

—En mí también... ¡Ah! nuestra casa...! Paréceme que la estoy viendo. Alfombras riquísimas, criados muchos. El tocador de mamá podría yo describírtelo sin que se me olvidase ninguna de las chucherías elegantes que en él veíamos... Diariamente comían en casa veinte personas: los jueves muchas más... ¡Ah! lo recuerdo todo muy bien, aunque poco alcancé de aquella vida, que en su esplendidez era un poquito triste... No hacía dos meses que me habían traído de Francia cuando estalló el volcán, la quiebra espantosa. Se juntan en mi memoria las visiones risueñas y la impresión de las ruinas... No creas que la desgracia me cogió de sorpresa. Sin saber por qué, yo la presentía. Aquella vida de disipación nunca fué de mi gusto. Bien recuerdo que á Cruz la llamaban los periódicos *el astro esplendoroso de los salones del Águila;* y á mí no sé qué mote extravagante me pusieron... algo así como satélite ó qué sé yo... Sandeces que me han dejado un cierto amargor en el alma... La muerte de mamá la recuerdo como si hubiera pasado ayer. Fué del dolor que le produjo el desastre de nuestra casa. Á papá le quitó de la mano D. José Donoso el revólver con que quería matarse... Murió de tristeza cuatro meses después... ¿Pero qué, lloras? ¿Te lastiman estos recuerdos?

—Sí... Papá no tenía la firmeza estóica que necesitaba para afrontar la adversidad. Era hombre, además, capaz de doblegarse á ciertas cosas, con tal de no verse privado de las comodidades en que había nacido. Mamá no, mamá no era así. Si mamá hubiera alcanzado nuestros tiempos de miseria, los habría sobrellevado con valor y entereza cristiana, sin transigir con nada humillante ni deshonroso, porque á sus muchas virtudes, unía el sentimiento de la dignidad del nombre y de la raza. Entre tantas desdichas, siento yo algo en mí que me consuela y me da esperanza, y es que el espíritu de mi madre se me ha transmitido; lo siento en mí. De ella es este culto idolátrico del honor y de los buenos principios. Fíjate bien, Fidela: en la familia de nuestra madre no hay ningún hecho que no sea altísimamente decoroso. Es una familia que honra á la patria española y á la humanidad. Desde nuestro bisabuelo, muerto en el combate naval del Cabo San Vicente, hasta el primo Feliciano de la Torre-Auñón, que pereció con gloria en los Castillejos, no verás más que páginas de virtud y de cumplimiento estricto del deber. En los Torre-Auñón jamás hubo nadie que se dedicara á estos obscuros negocios de comprar y vender cosas..., mercaderías, valores, no sé qué. To-

dos fueron señores hidalgos, que vivían del fruto de las tierras patrimoniales, ó soldados pundonorosos, que morían por la Patria y el Rey, ó sacerdotes respetabilísimos. Hasta los pobres de esa raza fueron siempre modelo de hidalguía... Déjame, déjame que me aparte de este mundo y me vuelvo al mío, al otro, al pasado... Como no veo, me es muy fácil escoger el mundo más de mi gusto.

—Me entristeces, hermano. Digas lo que quieras, no puedes escoger un mundo, si no vivir donde te puso Dios.

—Dios me pone en éste, en el mío, en el de mi santa madre.

—No se puede volver atrás.

—Yo vuelvo á donde me acomoda... (*levantándose airado.*) No quiero nada con vosotras, que me deshonrais.

—Cállate, por Dios. Ya te da otra vez la locura.

—Te he perdido. Ya no existes. Veo lo bastante para verte en los brazos del jabalí—gritó Rafael con turbación frenética, moviendo descompasadamente los brazos.—Le aborrezco; á tí no puedo aborrecerte; pero tampoco puedo perdonarte lo que haces, lo que has hecho, lo que harás...

—Querido, hijito mío—dijo Fidela abrazándole para que no se golpeara contra la pared.—No seas loco... escucha... Quiéreme como te quiero yo.

—Pues arrepiéntete...

—No puedo. He dado mi palabra.

—¡Maldita sea tu palabra, y el instante en que la diste!... Vete: ya no quiero más que á Dios, el único que no engaña, el único que no avergüenza... ¡Ay, deseo morirme!...

Luchando con él, pudo Fidela llevarle al sillón, donde quedó inerte, anegado en lágrimas. Anochecía. Ambos callaban, y profunda obscuridad envolvió al fin la triste escena silenciosa.

Desde aquel día, determinaron las hermanas que Rafael no asistiese á la tertulia, porque si él estaba violentísimo en presencia de Donoso y Torquemada, no era menor la violencia de ellas, temerosas de un disgusto; como que ya en las últimas noches había dirigido el ciego á su futuro cuñado dardos agudísimos, no bien revestidos de las flores de la cortesía. La separación de campos, fué, pues, inevitable. Por indicación del mismo Rafael, poníanle de noche en un cuartito próximo á la puerta, el cual era la pieza más ventilada y fresca de la casa. Naturalmente, se determinó que el ciego no estuviese sin compañía durante las horas de velada, y antes que tenerle solo y aburrido, las dos damas

habrían disuelto la tertulia, cerrando la puerta á las dos únicas personas que á ella concurrían. Propuso Rafael que subiera á darle palique un amigo por quien tenía verdadera debilidad, el chico mayor de Melchor el prendero, habitante en la planta baja de la casa. Era Melchorito de lo más despabilado que podría encontrarse á su edad, no superior á dieciocho años, tan corto de estatura como largo de entendimiento; vivaracho, cariñoso, y con toda la paciencia y gracia del mundo para entretener al ciego durante largas horas sin aburrirle ni aburrirse. Estudiaba pintura en la Academia de San Fernando, y no se contentaba con llegar á ser menos que un Rosales ó un Fortuny. Al dedillo conocía el Museo del Prado; como que había copiado multitud de Vírgenes de Murillo, que bien ó mal vendidas le daban para botas y un terno de verano; y como estudio de las sumas perfecciones del arte, *se había metido* con Velázquez, copiando la cabeza del Esopo, y el pescuezo de la Hilandera. La descripción del Museo y el recuento de todas las maravillas que atesora, servíanle para tener embelesado á Rafael, que recordando lo que años atrás había visto, lo veía nuevamente con ajenos ojos. Y de todo aquel Olimpo de la pintura, el ciego prefería los retratos, donde se admi-

raba tanto la naturaleza como el arte, porque en ellos revivían las personas efectivas, no imaginadas, de antaño. Por ver y examinar retratos, revolvía todas las salas del Museo con su inteligente lazarillo, el cual le prestaba sus ojos, como pueden prestarse unos lentes, y uno y otro se embelesaban ante aquellas nobles figuras, personalidades vivas eternizadas en el arte por Velázquez, Rafael, Antonio Moro, Goya ó Van Dick. Algunas noches, por variar de entretenimiento, Melchorito, que era punto fijo en el paraíso del Teatro Real, y poseía una feliz memoria música, daba conciertos vocales é instrumentales, cantándole á Rafael trozos de ópera, arias, duos y piezas de conjunto, no sin agregar á su salmodia todo el colorido orquestal que obtener podía con las modulaciones de boca más extrañas. El ciego ponía de su parte algún bajete ó ritornello fácil, por no ser su retentiva filarmónica tan grande como refinado su gusto, y gozaba lo indecible llegando á creer que se hallaba en su butaca del Teatro, como antes llegaba á figurarse que paseaba por las galerías del Museo.

Lo que agradecían las dos damas la complacencia del *chiquillo de abajo*, y lo que admiraban su habilidad, no hay para qué decirlo, pues Rafael era dichoso con tal compañía, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

no la cambiara por la de todos los sabios del mundo. Cruz solía asomar sonriente á la puerta del cuarto, para ver la cara radiante de su hermano, mientras el otro, colorado como un pavo, dirigía la orquesta dando la entrada á los trombones, ó atacando el sobreagudo de los violines. Volvía la dama á la tertulia diciendo: «Están ahora en el cuarto acto de *Los Hugonotes*.» Y poco después: «ya, ya concluye... Se marcha la Reina, porque oigo la marcha real.»

Enterado D. Francisco por Donoso de la irreductible oposición de Rafael, no le daba importancia; tan ensoberbecido estaba el pobre hombre con su próximo enlace, y con la conciencia de su exaltación á un estado social superior. «¿Con que ese mequetrefe—decía, —no quiere aceptarme por hermano político? *Cúmpleme declarar* que me importa un rábano su oposición, y que tengo cuajo para pasármele á él con todo su orgullo por las narices. Agradezca á Dios que es ciego y no ve, que si tuviera ojos ya le enseñaría yo á mirar derecho y ver quién es quién. Sus pergaminos de *puñales* me sirven á mí para limpiarme el moco... que si yo quiero, ¡cuidado! pergaminos tendré mejores que los suyos, y con más requilorios de nobleza de *ñales*, que me hagan descender de la Biblia pas-

telera, y de la estrella de los Reyes Magos.

Pasaron días; arreciaba el calor; y como Torquemada quería llegar lo más pronto posible al *nuevo orden de cosas*, fijóse la fecha de la boda para el 4 de Agosto. La familia se trasladaría á la calle de Silva, para lo cual se completó el mueblaje con un comedor de nogal, elegantísimo, escogido por Donoso; y todo habría marchado sobre carriles, si no inquietara á las señoras y al propio D. Francisco la actitud de Rafael, petrificado en su intransigencia. No había que pensar en llevarle á la casa matrimonial, á menos que el tiempo suavizase tanto rigor. Si Donoso y Fidela confiaban en la acción del tiempo, y en la imposición de los hechos consumados, Cruz no tenía tal confianza. Discutían sin cesar los tres el difícil problema, no hallándole solución adecuada, hasta que por fin D. José propuso una especie de *modus vivendi*, que no pareció mal á sus amigas; esto es, que si Rafael se obstinaba en no vivir bajo el mismo techo que el usurero, él le llevaría á su casa, donde le tendría como á hijo, pudiendo sus hermanas verle siempre que quisieran. Triste pareció la solución, pero admitida fué por ser la menos mala.

Una noche de Julio, Rafael y su amigo platicaban de pintura moderna. Díjole Mel-

chorito que tenía una crítica muy salada y chispeante de los cuadros de la última Exposición; mostró el ciego deseos de que su amigo se la leyera; corrió el otro en busca del folleto; quedóse solo el joven del Águila.

No notaron las hermanas la salida del *chiquillo de abajo*, pues como aquella noche no había música, el silencio no les llamó la atención. Con todo, al cabo de un rato, el silencio fué demasiado profundo para no ser advertido. Corrió Cruz al cuartito. Rafael no estaba. Gritó. Acudieron los demás; buscáronle por toda la casa, y el ciego sin parecer. La idea de que se hubiese arrojado por la ventana al patio, ó por algún balcón á la calle, les alarmó un momento. Pero no, no podía ser. Todos los huecos cerrados. Donoso fué el primero que descubrió que la puerta de la escalera estaba abierta. Pensaron que Rafael y su amigo habían bajado á la tienda. Pero en aquel instante subía Melchorito, el cual se maravilló de lo que ocurría.

Bajaron las dos hermanas más muertas que vivas, y tras ellas los dos amigos de la casa. En la plazuela, un guardia les dijo que el señorito ciego había atravesado solo por el jardinillo, dirigiéndose á la calle de las Infantas ó á la del Clavel. Preguntaron á cuantas personas vieron; pero nadie daba razón.

Consternadas, resolvieron ir en su busca. ¿Pero á dónde?... No había que perder tiempo. Fidela con Donoso iría por un lado. Cruz con Torquemada por otro... ¿Habría tomado el fugitivo la dirección de Cuatro Caminos? Esta era la opinión más admisible. Pero bien podría haberse dirigido á otra parte. Melchorito y su padre recorrieron presurosos las calles próximas. Nada; no parecía.

«¡Á casa de Bernardina!—dijo Cruz, que conservaba la serenidad en medio de tanta desolación y aturdimiento. Y al punto, como general en jefe indiscutible, empezó á dictar órdenes: «Usted, D. Francisco, no nos sirve para nada en este caso. Retírese: le informaremos de lo que ocurra. Tú, Fidela, súbete á casa. Yo me arreglaré sola. D. José y yo por un lado, Melchor padre é hijo por otro, le buscaremos, y por fuerza le hemos de encontrar... ¡Qué locura de chico! Pero conmigo no juega... Si él es terco, yo más. El á perderse y yo á encontrarle, veremos quién gana..., veremos!

XI

En cuanto se vió solo Rafael, determinó poner en ejecución el plan que hacía dos semanas embargaba su mente, y para el cual se

había preparado con premeditaciones de criminal callado y reflexivo. Desde que ideó la evasión, todas las noches llevaba furtivamente al cuarto su bastón y su sombrero, y se metía en el bolsillo un pedazo de pan, que afanaba con mil precauciones en la comida. Aguardando una ocasión favorable, pasaron noches y noches, hasta que al fin, la salida de Melchorito en busca del folleto de crítica le vino que ni de encargo, porque para mayor felicidad, el pintor y músico, siempre que por breve tiempo bajaba, solía dejar abierta la puerta, á fin de no molestar á las señoras cuando volvía.

No bien calculó que había transcurrido el tiempo necesario para no encontrar á Melchor en la escalera, deslizóse con pié de gato, y tanteando las paredes se escurrió fuera sin que sus hermanas le sintiesen. Bajó todo lo á prisa que podía, y tuvo la suerte de que nadie en el portal le viera salir. Conociendo perfectamente las calles, sin ayuda de lazarillo andaba por ellas, con la sola precaución de dar palos en el suelo para prevenir á los transeuntes del paso de un hombre sin vista. Atravesó el jardín, y ganando la calle de las Infantas, que le pareció la vía más apropiada para la fuga, pegado á la fila de casas de los impares, avanzó resueltamente. Para prevenirse contra la persecución, que inevitable sería en cuanto notaran su ausencia, creyó prudente meterse por las calles transversales, tomando un camino de zig-zag. «Por aquí no es creible que vengan á buscarme—decía;—irán por las calles de San Marcos y Hortaleza, creyendo que voy hacia Cuatro Caminos. Y mientras ellas se vuelven locas buscándome por allá, yo me escurro bonitamente por estos barrios, y luégo me bajaré á Recoletos y la Castellana.

¡Oh, qué sensación tan placentera la de la libertad!... Dulce era ciertamente la tiranía de sus hermanas siempre que la ejercieran solas. Con la salvaje y grotesca alimaña que introducido habían en la casa, ésta resultaba calabozo, y á la más suave de las esclavitudes era preferible la más desamparada y triste de las libertades.

Avanzaba resueltamente, castigando la acera con su palo, no sin recibir alguno que otro golpe, por la impaciencia que le espoleaba, y la falta de costumbre, pues era la primera vez que andaba solo por calles y plazuelas. El paso de una acera á otra colmaba la dificultad de su tránsito. Atento al ruído de coches, en cuanto dejaba de sentirlo lanzábase al arroyo, sin solicitar el auxilio de los transeuntes. Á esto no habría recurrido sino en

un caso extremo, porque consideraba humillante apoyarse en personas extrañas, mientras tuviera manos con que palpar, y bastón con que abrirse paso al través de las tinieblas.

Al llegar á Recoletos saboreó la frescura del ambiente que de los árboles surgía, y su gozo aumentó con la grata idea de independencia en aquellas anchuras, pudiendo tomar la dirección más de su gusto, sin que nadie le marcase el camino ni le mandara detenerse. Tras corta vacilación, dirigióse á la Castellana por el andén de la derecha, para lo cual tuvo que orientarse cuidadosamente, buscando con cautela de náutico la derrota más segura para atravesar la plaza de Colón. Su oído sutil le anunciaba los coches lejanos, y sabía aprovecharse del momento propicio para pasar sin tropiezo. Avanzó por el andén, respirando con delicia el aire tibio, impregnado de emanaciones vegetales, con ligero olor de tierra humedecida por el riego. Y más que nada le embelesaba la dulcísima libertad, aquel andar *de por sí*, sin agarrarse al brazo de otra persona, la certidumbre de no parar hasta que su voluntad lo determinase, y de estarse así toda la noche, bañando su alma y su cuerpo en la intemperie, sin sentir sobre su cabeza otro techo que el santo cielo, en el cual

con los ojos del alma veía sin fin de estrellas que le contemplaban con cariño y le alentaban en su placentera vagancia. Antes que vivir con Torquemada, resignaríase el pobre ciego á todos los inconvenientes de la vida vagabunda, sin más amigo que la soledad, un banco por lecho y el firmamento por techumbre. Antes que aceptar á la bestia zafia y villana, aceptaría el sustentarse de limosna. ¡La limosna! Ni la idea ni la palabra le asustaban ya. La pobreza á ningún sér envilecía; solicitar la caridad pública, no teniendo otro recurso, era tan noble como ejercerla. El mendigo de buena fe, el infeliz que pedía para no morirse de hambre, era el hijo predilecto de Jesucristo, pobre en este mundo, rico de inmortales riquezas en el otro... Pensando en esto, concluyó por *sentar el principio*, como diría la bestia, de que, para su honrada profesión de ciego mendicante, le vendría bien un perro. ¡Ay, cómo le gustaban los perros! Daría en aquel momento un dedo de la mano por tener un fiel amigo á quien acariciar, y que le acompañase calladito y vigilante. Consideró luégo que para solicitar eficazmente la limosna, le convendría tocar algo; es decir, poseer alguna habilidad música. Recordó con pena que el único instrumento que manejaba era el acordeón; pero sin pasar de las cuatro

notas de *la donna e mobile*, y aun este pasajillo no sabía concluirlo... En fin, que para desgarrar los oídos del transeunte, valía más no tocar nada.

Sentóse en un banco, dejando pasar el tiempo en dulce meditación, durante la cual sus hermanas se le representaron en término muy remoto, alejándose más cada vez, y borrándose en el espacio. Ó se habían muerto Cruz y Fidela, ó se habían ido á vivir á otro mundo, que no se podía ver desde éste. Y en tanto, no había formado plan ninguno para pasar la noche. Tan sólo pensó vagamente que cuando le rindiera el sueño iría á pedir hospitalidad al polvorista. Pero no, no... mejor era dormir al raso, sin solicitar favores de nadie, ni perder, por la gratitud, aquella santa independencia que le hacía dueño del mundo, de la tierra y del cielo.

De pronto le asaltó una idea, que le hizo estremecer. Husmeaba el aire como un sabueso que busca el rastro de personas ó lugares. «Sí, sí, no me queda duda—se dijo.—Sin proponérmelo, sin pensar en ello, he venido á sentarme frente á mi casa, frente al hotel que fué de mis padres... Paréceme que no me equivoco. El trecho recorrido desde la plaza de Colón es la distancia exacta. Conservo el sentido de la distancia, y además, no sé qué instinto,

ó más bien doble vista me dice que estoy aquí, frente al palacio donde vivimos en los tiempos de felicidad, breves si los comparo con nuestra insoportable miseria.» Trémulo de emoción, quiso cerciorarse por el tacto, y avanzó, traspasando con cautela el seto, hasta llegar á una verja, que hubo de reconocer cuidadosamente. Se le anudó la voz en la garganta al adquirir la certidumbre que buscaba. «Estos son, estos—se dijo,—los hierros de la verja... La estoy viendo, pintada de verde obscuro, con las lanzas doradas... La conozco como conocería mis propias manos. ¡Oh, tiempos! ¡Oh, lenguaje mudo de las cosas queridas!... No sé qué siento, la resurrección dentro de mí de un pasado hermoso y triste, ahora más triste por ser pasado... Dios mío, ¿me has traído á este lugar para confortarme ó para hundirme más en el abismo negro de mi miseria?

Limpiándose las lágrimas volvió al banco, y humillada la frente sobre las manos, suscitó en su mente con vigor de ciego la visión del pasado. «Ahora viven aquí—se dijo exhalando un gran suspiro,—los marqueses de Mejorada del Campo. Se me figura que poco ha cambiado el hotel y el jardín. ¡Qué hermosos eran antes!» Sintió que se abría la verja para dar paso á un coche.

«De seguro van ahora al Teatro Real. Mi mamá iba siempre á esta hora, tardecito, y llegaba al acto tercero. Jamás oía los dos primeros actos de las óperas. Estábamos abonados á la platea número 7. Paréceme que veo la platea, y á mi mamá y á Cruz, y á las primas de Rebolledo, y que estoy yo en la butaca número 2 de la fila octava. Sí, yo soy, yo, yo, aquel que allí veo, con mi buena figura de hace ocho años,... y ahora, vengo al palco de mi madre, y la riño por no haber ido antes... No sé por qué me suben á la boca, al recordarlo, dejos de aburrimiento. ¿Era yo feliz entonces? Voy creyendo que no.

Pausa. «Desde donde estoy, vería yo, si no fuera ciego, la ventana del cuarto de mi madre... Paréceme que entro en él. ¡Qué se haría de aquellos tapices de Gobelinos, de aquella rica cerámica *viejo Viena* y *viejo Sajonia*! Todo se lo tragó el huracán. Arruinados, pero con honra. Mi madre no transigía con ninguna clase de ignominia. Por eso murió. Ojalá me hubiera muerto yo también, para no asistir á la degradación de mis pobres hermanas. ¿Por qué no se murieron ellas entonces? Dios quiso sin duda someterlas á todas las pruebas, y en la última, en la más terrible, no han sabido sobreponerse á la flaqueza humana, y han sucumbido. Se rinden ahora,

después de haber luchado tanto; y aquí tenemos al diablo vencedor, con permiso de la Divina Majestad, que es quien á mí me inspira esta resolución de no rendirme, prefiriendo al envilecimiento la soledad, la vagancia, la mendicidad... Mi madre está conmigo. Mi padre también... aunque no sé, no sé si en el caso presente, hallándose vivo, se habría dejado tentar de... Mucha influencia tenía sobre él Donoso, el amigo leal antes, y ahora el corruptor de la familia. Contaminóse mi padre del mal de la época, de la fiebre de los negocios, y no contento con su cuantioso patrimonio, aspiró á ganar colosales riquezas, como otros muchos... Comprometido en empresas peligrosas, su fortuna tan pronto crecía como mermaba. Ejemplos que nunca debió seguir le perdieron. Su hermano y mi tío había reunido un capitalazo comprando bienes nacionales. La maldición recayó sobre los que profanaban la propiedad de la Iglesia, y en la maldición fué arrastrado mi padre... Á mamá, bien lo recuerdo, le eran horriblemente antipáticos los negocios, aquel fundar y deshacer sociedades de crédito, como castillos de naipes, aquel vértigo de la Bolsa, y entre mi padre y ella el desacuerdo saltaba á la vista. Los Torre-Auñón aborrecieron siempre el compra y vende, y los agios obscuros. Al

fin los hechos dieron razón á mi madre, tan inteligente como piadosa; sabía que la ambición de riquezas, aspirando á poseerlas fabulosas, es la mayor ofensa que se puede hacer al Dios que nos ha dado lo que necesitamos y un poquito más. Tarde conoció mi padre su error, y la conciencia de él le costó la vida. La muerte les igualó á todos, dejándonos á los vivos el convencimiento de que sólo es verdad la pobreza, el no tener nada... Desde aquí no veo más que humo, vanidad, y el polvo miserable en que han venido á parar tantas grandezas, mi madre en el Cielo, mi padre en el Purgatorio, mis hermanas en el mundo, desmintiendo con su conducta lo que fuimos, yo echándome solo y desamparado en brazos de Dios para que haga de mí lo que más me convenga.

XII

Pausa. «¡Qué hermoso era el jardín de mi casa!... y lo será todavía, aunque oí que le han quitado una tercera parte para construir casas de vecindad. ¡Qué hermoso era el jardín, y qué horas tan gratas he pasado en él!... Paréceme que entro en el hotel y subo por la escalera de mármol. Allí las soberbias armaduras que poseía mi padre, adquiridas de la

casa de San Quintín, parientes de los Torre-Auñón. En el despacho de mi padre están Donoso, D. Manuel Pez, el general Carrasco, que delira por los negocios, y envainando para siempre su espada se dedica á hilvanar ferrocarriles, el exministro García de Paredes, Torres, el agente de Bolsa, y otros puntos... Allí no se habla más que de combinaciones financieras que no entiendo... Me aburro, se ríen de mí; me llaman *don Galaor*... Insultan en mí á la diplomacia, que el general llama, remedando á Bismarck, *vida de trufas y condecoraciones*... Me largo de allí. Paréceme que veo el despacho con su chimenea monumental, y en ella un bronce magnífico, reproducción del Colleone de Venecia. En los *stores*, bordados los escudos de Torre-Auñón y del Aguila. La alfombra, de lo más rico de Santa Bárbara, es profanada por los salivazos del agente de Bolsa, que al entrar y al salir parece que se trae y se lleva en la cartera toda la riqueza fiduciaria del mundo... Y todo eso es ahora polvo, miseria; y los gusanos le ajustan á mi padre la cuenta de sus negocios... Torres el agente se pegó un tiro en Monte Carlo tres años después, y el general anda por ahí miserable, paseando su hemiplegia del brazo de un criado. Sólo viven él y Donoso, petrificado en su suficiencia admi-